



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

EL LIBRO DE LA SOMBRA Y EL GUSANO

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

El libro de la sombra y el gusano

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 18



Diván

El libro de la sombra y el gusano

© 2023 Elko Omar Vázquez Erosa

© Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

© Fotografía de portada: Transi de René de Chalon dans l'église Saint-Etienne de Bar-le-Duc par Ketounette — Travail personnel, CC BY-SA 4.0

<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=50075663>

© Imágenes de interiores: Tarot Papus (1865-1916): La Mort, L'Amoureux, Le Diable.

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

XIII LA MUERTE

13

M
FRANCAIS

D
HEBREU

𐤀
SANSKRIT

𐤀
EGYPTIEN

—
ALPHABETRE
SAINT YVES



LETTRE
MÈRE

LA MORT

L'IMMORTALITE par CHANGEMENT

LA MORT de la RENAISSANCE

LA TRANSMUTATION des FORCES

René de Châlon

¡Oh! ¡Lacrimae mundi! ¡Memento mori!
Como las hojas muertas de los árboles
el eco de tu risa en los salones
finalmente olvidados por el tiempo.

Ten en cuenta que el día de tu muerte
se acerca inexorable,
agazapado en el vino chispeante
de tus más delirantes alegrías.

Detén tus pasos y contempla el transi
De René de Châlon:
un cadáver con jirones de carne
ofrendando su corazón al cielo.

Gotas de lluvia resbalan,
como serpientes de plata
expulsadas al abismo,
por el amplio ventanal.

Y la tierra no recibirá tu cuerpo,
y los sueños demenciales de la noche
serán tu oscuro testamento de ayer,
de lágrimas y lunas desvanecidas
en los rojos alaridos de la niebla,
pálida como la caricia prohibida
que se oculta en el silbido de la muerte.

Aderezadas con terribles osamentas

las catacumbas de París,
los misteriosos laberintos que se ocultan
bajo la ciudad de la luz.

Para aplacar a los dioses oscuros

que forjaron las ardientes pasiones
los dragones mueren despedazados,
a pesar de su angélico linaje,
en manos de vulgares muchedumbres.

Nefilim

He desatado el fuego,
violenta fantasía...
mi lujuria de sangre
ardiendo en el deseo
de contemplar ciudades derrumbadas
ante el grito de ejércitos
en esa roja, cruel,
gran desesperación.

Y un día en la fragancia del rocío,
después de renunciar
a mi naturaleza
de ángel roto y caído
encontraré la calma triste y suave
de unos ojos azules,
claros, como la muerte.

Las torres del silencio

Comieron hasta hartarse
de esos cuerpos hinchados
e imitando a los ilustres romanos
vomitaron estrepitosamente
y con calma, volvieron a yantar;
luego se defecaron en las patas
para enfrentar el calor de la tarde
y notaron que de tanto tragar
les era imposible emprender el vuelo.

Las aves negras —calvos psicopompos—
se acogieron gustosos
a la putrefacta hospitalidad
de las sombrías torres del silencio.

Staglieno

Ángeles dolientes bajo la lluvia,
entre la bruma suave que acaricia
los cipreses; silentes corredores
que resguardan los marmóreos sepulcros
para convertir el dolor en arte,
para desafiar el paso del tiempo
representando el cráneo y la amapola,
el crismón, las flores y la granada
en piedra que se vuelve una plegaria.

Proyección del elíxir

Y todos los elementos reunidos,
la sabiduría que has cultivado
en tus horas amargas,
y todos los placeres del océano
—torturas del exilio—
los años de abandono,
flores blancas en tu bello jardín
a fin de entretejerlas
con lágrimas y espinas,
con hirientes relámpagos,
para forjarte un cetro, una corona,
un sudario de hierro.

En espejos de grana

los árboles retorcidos
del crepúsculo sangriento
se contemplan nostálgicos.

El llamado sin eco
de un pato en la distancia.

Y los cuervos picotean

muertos ojos que se asoman
hacia otras realidades
en un bosque de saetas,
de espadas y lanzas rotas
—Morrigan entre la niebla—.

Y pensar, pensar que al alba,
cual tulipanes de hierro
los caballeros lucían
sus empenachados yelmos.

Para que siempre goces paraísos,

para que nunca extrañes
la violencia del sol,
el canto de la fuente,
elegía de pájaros y viento
a la vera de la caricia breve.

Para que no estés triste
te construí un palacio,
jardines y ventanas,
amables avenidas
cual si estuvieras viva.

Caminos transidos de hielo

que nos parecen infinitos;
años helados por delante:
puentes amargos que cruzamos
para alcanzar nuestro destino
a punto de desfallecer.

Y con tal de llegar a casa
mordemos los frutos amargos
y nos pinchamos con espinas.

Morimos para renacer
atormentados por fantasmas,
lejos de la suave caricia,
lejos del fuego del hogar.

La estación se cubre de nieve,
la brújula apunta hacia el norte,
hacia las antiguas palabras
que nos sacaron del jardín,
cual caballos enloquecidos,
ciegos por el sol en la nieve,
por extraños amaneceres
que prometían un encuentro,
la gran victoria de los héroes,
la semilla de un mundo nuevo
ante las raíces de Yggdrassill.

Siempre que escucho el canto

de un pájaro en la noche
me vienen a la mente
historias de vampiros.

Hay algo innatural,
hay esencia de muerte
en el canto solar
del colibrí nocturno.

Ángeles tristes de gélido mármol:

en su mirada aparece la historia
de largas noches trenzadas con llanto,
por el aullar lastimero del lobo
que acecha entre los árboles cubiertos
con el trazo fantasma de la nieve.

Esas tumbas sin nombre ni memoria
parecían contener los gemidos,
los ayes lastimeros y sin tregua,
toda una raza de ángeles caídos.

En noches de silencio envenenado
por el roce furtivo
de una presencia helada,
poseído por anhelos de abismo
y estrellas delirantes.

Imágenes de guerra

Una muñeca rota
terriblemente sola, en los escombros:
los sueños de las niñas.

Père Lachaise

De la tragedia el grito silencioso
en reflejos de mármol,
en los rostros de ángeles dolientes
y vírgenes calladas
a través de la verja
cubierta por la nieve,
y el canto lastimero
de las ramas desnudas de los árboles,
y las memorias tristes
—palacios dedicados a los muertos—
palabras argentinas
que nunca nos dijimos,
avenidas fantásticas y efímeras
sustentadas por las pálidas manos
que del plano la fuga desgarrada
inexorables fueron arrancando.

En aquellos parajes lejanía
mis dedos recordaban
las caricias heladas,
idénticas a plata derramada,
hermanadas con el viento del norte.
A lo largo del tiempo y la distancia...
solían extraviarme.

Tan solo dejaste los días rotos,
las criptas desoladas,
esa fragancia que desvanecida,
dorada y voluptuosa,
terminó por llevarme
a exilios cristalinos,
violáceos y totales.

Las viejas estaciones

Los pasos resuenan en la estación abandonada,
el whisky resbala con el humo del cigarillo,
quizá mis ojos alucinados esperan ver,
sobre vías herrumbrosas cubiertas de maleza
la extraña, la sombría aparición de un tren fantasma.

Anoche me asaltó

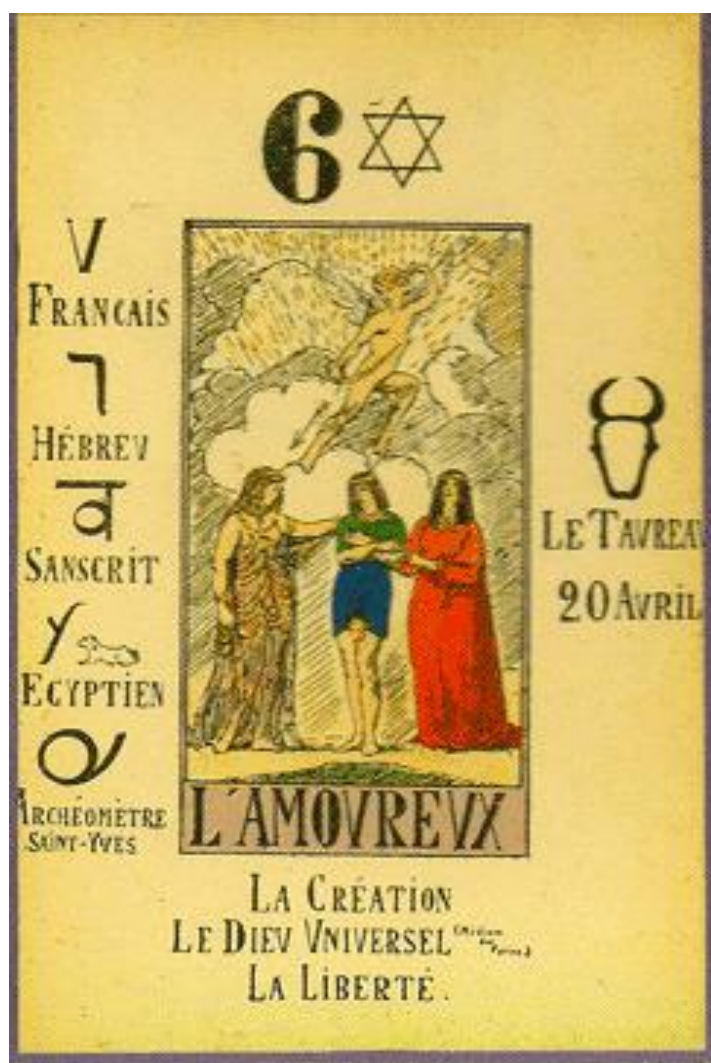
aquel viejo temor hacia los muertos
que lloran en la lluvia,
que gimen con la niebla,
suplicando a los árboles torcidos
la sangre de los vivos.

Anoche, cuando la luna filtraba
con sus pálidos dedos
el hechizo maldito de un espejo
de aguas estancadas que reflejaban
la silueta de una horca,
los ojos desquiciados del hereje.

Bosques brumosos de la noche

transidos de ayes y fantasmas,
las tibias gotas del olvido
para buscar tenues delirios
cuando el sueño, la muerte obliga
a recorrer viejos senderos
y apurar la enjoyada copa
del atroz, turbio destino...
los senderos desolados
que recorren los vampiros.

VI LOS AMANTES



Enrique II, 6 de julio de 1189

No le bastaron los ojos radiantes
de Leonor de Aquitania;
sus hijos, Juan sin Tierra
y Ricardo Corazón de León
competían para llenar sus días
de negras amarguras,
y en su copa dorada
esa pérfida Albión
escanciaba vinagre.

En la hora suprema,
en su lecho de muerte,
Enrique murmuraba:
maldito el día que me vio nacer
y malditos los hijos que he tenido.

Es en la línea de tus manos,

de tus dedos largos y finos
que pulsan las teclas del piano
donde se iluminan los sueños,
las tardes fragantes de lluvia,
y en las hojas blancas transidas
con el pentagrama y sus notas
tus ojos claros y apacibles
saben traducir a Chopin
y asir las alas delicadas
de aquellas visiones lejanas
—olor de flores y café—
la dulce fragancia del musgo,
tu altiva elegancia, tan frágil,
como frágiles los recuerdos
del que ha soñado un paraíso
y despertado, abruptamente.

Durante esas noches infernales, señora,
fui la libertad absoluta del deseo,
de oscuras pasiones que entonces engendraban
constelaciones efímeras en tu piel.

Por aquellos días me seducía el viento,
el trazo helado de la nieve inmaculada
cubriendo las viejas losas del cementerio
como las hojas del otoño han sepultado
los senderos que conducen a mis recuerdos.

En las montañas Harz

*Al capitán Frederick Marryat
(1792- 1848)*

Entretejido de sueños y raras fragancias
fue nuestro blanco, cálido lecho nupcial.

Aquellos días transcurrían apacibles
como los claros reflejos de tu mirada.

Me preguntaba sobre las extrañas flores
que nutrían el escarlata de tus labios.

La noche es helada, tus ansias me horrorizan
porque yo sé que al levantarte sigilosa,
cuando me creas profundamente dormido,
irás a buscar tu alimento en el sepulcro.

A la luz de lunas extrañas

las blancas hojas, impolutas,
se marcan con oscuros lazos
que lentos beben del tintero
con el fin de tejer poemas.
Así las noches y los días,
así el pecado entre tus ojos
y mis necios, ¡ay!, necios ojos.

Qué inmensa me parece la eternidad

luego que rogué por ese único instante
que los dioses se encargaron de cobrar,
¡cuán inmensa me parece por tu ausencia!

Psicopatía

Vislumbraba en el oro de tu pelo
esos atardeceres otoñales,
cual imagen cubierta por un velo,
—afilados, despiadados puñales—,
el sueño lapislázuli de tus ojos
contenía glaciales latitudes,
y en el recuerdo de horizontes rojos
de fiera... tus sombrías actitudes.

Del clavicordio las notas heladas
nacían al conjuro de tus manos:
esas feroces criaturas aladas,
reflejo de tus sentimientos vanos.

Detrás de tu vampírica belleza
imaginaba un mundo perfumado,
fugitivo de tu sonrisa aviesa,
de tu acerado corazón taimado.

Ayer ella me dijo

que el cielo era un desierto
y el abismo también.

Las plegarias del viento,
de hojas rojas y secas
exaltaban el frío,
y la nieve callada,
y aquel silencio tan mío... tan mío.

Herederó de mares demenciales

Después de todo no te amaba tanto
como a la lluvia helada,
como a la negra noche.

Un trozo de estrella, casi perfecta:
a veces te temía,
a veces te adoraba.

Herederó de mares demenciales,
de siniestros tesoros...
a veces te recuerdo.

Era ese viejo, fragante deseo,
seguro ese impulso, negro y tirano,
la antigua pasión que me emborrachaba
con cientos y miles, millones de horas
trenzadas en crepúsculos ardientes
que salvajemente se alimentaban,
no sólo de mi lóbrega tristeza,
sino de una fantástica esperanza.

Era el deseo... la noche... cristales...
cristales rubescentes recortados
contra la blanca y helada presencia
del mármol silencioso en que te amaba.

Como flores enfermas, unos dedos blancos

acariciaban las teclas del clavicordio
y le arrancaban notas de helados cristales.

Unas manos suaves, pálidas, de mujer;
manos que envenenaban la noche y la luna...
mortales dulzuras, como licor de almendras.

Inés de Castro

Cuenta la leyenda que en el siglo catorce
y debido a feroces conflictos dinásticos
tres nobles asesinaron a doña Inés,
en los nostálgicos jardines de la Quinta
das Lágrimas; también se afirma que la Fonte
das Lágrimas fue creada con su martirio:
de su sangre nacieron las algas rojizas
que resplandecen en el fondo de la fuente.

Unida en secretas nupcias con el infante
don Pedro de Portugal, doña Inés fue muerta
por Pedro Coelho, Diego López Pacheco
y Álvaro Gonçalves, el Cielo los maldiga.

Una vez rey don Pedro ordenó que arrancaran
los negros corazones de los asesinos,
a Coelho se lo quitaron por el pecho
y a Gonçalves se lo extirparon por la espalda.
Pacheco escapó: luego consiguió el perdón.

El rey de Portugal ordenó que exhumaran
los restos podridos de la exaltada dama,
póstuma reina consorte de Portugal,
e hizo que los nobles le besaran la mano.

En el monasterio de Alcobaça reposan
dos sarcófagos de mármol con sus estatuas
yacentes, la una de doña Inés, la otra
de don Pedro, ambas enfrentadas por los pies
a fin de que el día de la resurrección
lo primero que vean los ojos del rey
sea el rostro amado de doña Inés de Castro.

Como lánguidos vampiros

en esas noches de tango
tu amor, hecho de tristeza,
reflejaba en obsidiana
los destellos de mis ojos.

Tan corta una mirada:

es tan breve el instante
que me ofrecen tus labios.

Tan mezquino el momento,
el relámpago del placer,
y tan largo se vuelve el tiempo
destinado al dolor.

Heladas madrugadas,
los pueblos silenciosos
que me ofrece este viaje
—un pretexto para buscarte—
imagen fugitiva
del alcohol y los trenes...

Mi lámpara de aceite,
tu silencio de lluvia,
lágrimas derramadas
en nudosas raíces
de centenarios árboles.

Diríanse gemidos

las llamas de tus ojos,
de tus ojos azules
fingiéndose ilusiones.

Tú, silenciosa y fría,
máscara de dolor,
¡diríase la luna,
los sueños que se fueron!,
y tu rostro una melodía antigua,
tan antigua y triste... como la noche.

A veces te recuerdo

—la lluvia es suave—
la tarde es delicada.

En sus ojos distantes primaveras,

alegrías veladas por el tiempo,
perdidas en mundos imposibles
de los ayeres fugitivos.

A través de los años me miraba,
a través de siglos desvanecidos
en la penumbra triste de la casa,
en muros impregnados de abandono
que aún retenían su risa.

Ella me miraba desde la tela,
desde los colores desdibujados
que la ayudaban a burlar el tiempo
encima de la chimenea.

Bajo el polvo y las densas telarañas
un collar de perlas y un abanico,
despojos mudos de los días claros,
acariciados por vientos y lluvias,
por las cortinas desgarradas.

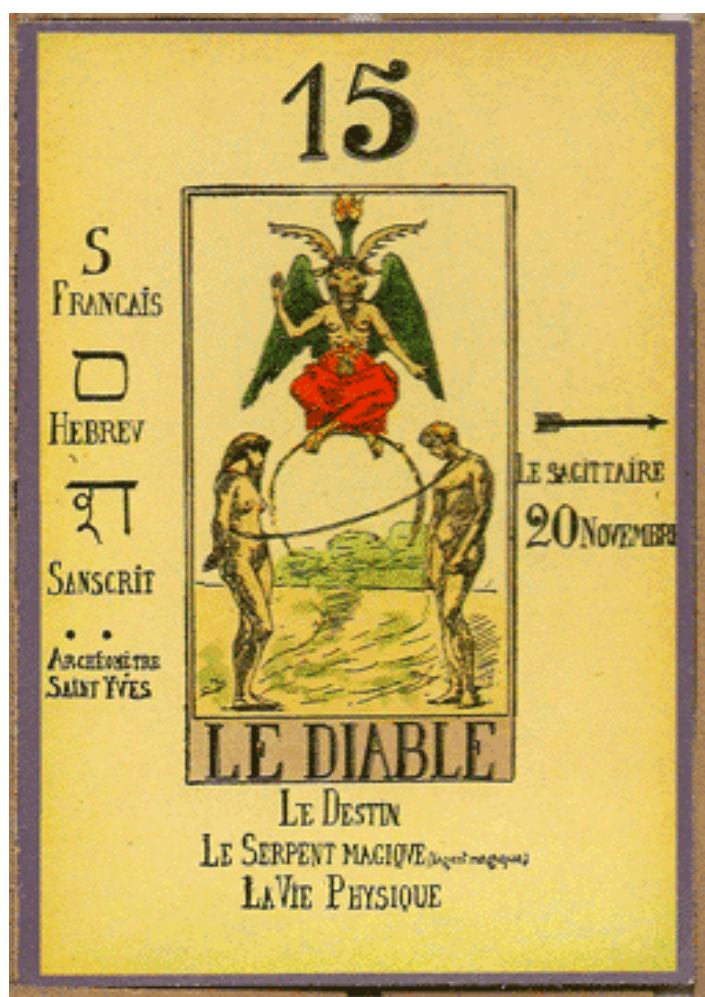
En tus ojos, señora de la noche,
al filo de las heladas tormentas
espero que los dioses del relámpago
me obsequien con el roce de tus labios.

¿Dónde fueron los días que reías?

En el baúl de mis viejos recuerdos,
entre imágenes heridas por el tiempo
—atado con una cinta de seda—
un mechón de tu cabello dorado.

Contemplando la nieve, en la ventana,
algunas tardes, ¡necio!, me pregunto,
¿dónde fueron los días que reías?

XV
EL DIABLO



Un beso para el marqués

Y las luces eléctricas
bailan en las ventanas
del horrible autobús,
y leyendo la vida
del divino marqués,
con su rostro bellamente estampado
en la satinada y linda portada...
una matrona —decente— se acerca:

“¡Dios! ¡Todavía hay gente como usted!
¡Pícaro! ¡Leyendo al padre Ligorio!”

Y se lleva tres dedos
a sus labios marchitos
para luego estamparlos
en la cara del ilustre aristócrata.

Los ojos vidriosos de los devotos

me dan escalofríos:
esa sucia mirada,
esa untuosa sonrisa.

Los devotos llevan a sus hogares
horribles cachivaches;
la mezquina desgracia,
la amarilla sonrisa del avaro.

Y regresaron las horas malditas,

ese delirio de los días rotos
en busca de la cristalina fuente
para calmar la sed,
las mágicas visiones del crepúsculo,
esos afanes de tierras lejanas,
de pasiones violentas y excesivas.

Para calmar la sed
el viento pronuncia un fúnebre rezo
que brinda a la memoria
perfumes de los mares infinitos,
canciones de tabernas,
el brillo de unos ojos
transidos de luna, de fuego y muerte.

Para calmar la sed
atravieso las noches invernales
que sembrando blancura
en lápidas sin nombre
van cincelando el tiempo y el olvido.

Para calmar, para calmar la sed.

Cirilo de Alejandría en los infiernos

Al pesar el helado corazón
de Cirilo de Alejandría, Anubis
vio cómo la balanza
se inclinaba a sus pérfidas acciones,
así que procedió a dictar sentencia;
pero el vil arzobispo
argumentaba airado
—entre otras necedades—
que no tenía validez alguna
el veredicto de los falsos dioses;
de nada le sirvieron
sus torpes balbuceos
y como habían hecho
con millones de impíos antipáticos
lo sacaron a rastras,
chillando como puerco.

Con sus ojos radiantes y malignos

que acechaban detrás del abanico
se permitió, por enésima vez,
un comentario cruel y delicioso:

—¡Dios mío! ¡Dejan entrar a cualquiera!

—¡Sí, señora! —respondió el maitré—,
después de la Revolución Francesa
nada, nada volvió a ser igual.

En sus hermosos iris soñadores,
justamente indignados,
se reflejaba la horrible figura
de un comerciante en cerdos
que sorbía la sopa,
escandalosamente,
toda vez que se había enriquecido
merced a la política.

Marilú

En el viejo zaguán
de una calle olvidada
—junto al roto acueducto—
Marilú nos lloraba.

Nuestras noches soñaban
ese pollo de goma
en su lazo de hierro.

Con un hilo de baba...
Marilú nos miraba.

Lucifer

Mi gato, Lucifer,
a quien yo no invité
a formar parte de mi vida
por parecerme cosa
de viejas solteronas:
diríase una rosa negra
cuajada con espinas
y refulgentes, verdes brasas,
y mi demonio familiar.

Contrarrevolución

Durante un instante de rara lucidez
Lenin se preguntó, a nombre de los mújiks:

“¡Camaradas! ¿Y la libertad para qué?”

Y desde entonces los mújiks se lo preguntan
con su absoluta falta de imaginación.

Y desde entonces los muy cerdos nos oprimen
con su absoluta falta de imaginación.

Los ojos de los locos

construyen laberintos
—de noche tus caricias
como las flores secas
en el vientre marchito de las momias—.

Los ojos de los locos,
brillando aterradores.

La mitad de mi alma vive en la oscuridad

y los días, tallados en ceniza gris,
buscan la apacible mirada de la noche.

Y me extraña que, siendo tan imbécil,
no le hayan elegido presidente
o, ¡por Dios!, cuando menos diputado
—dijo la bella Ninone—.

Era linda y terrible
y por aquella frase luminosa
merecería —mínimo— el Valhalla.

Baile de máscaras, tonos radiantes,

los perfumados salones se animan
con las charlas perversas y exquisitas
—lo más florido de la aristocracia—.

Las heladas notas del clavicordio
recorren los suntuosos corredores
y se vuelven zarcillos delicados
para el goce de Su Alteza Imperial,
la vieja duquesa —rostro de buitre—
siempre dispuesta a pagar, con su largueza,
las caricias de los bellos muchachos.

Esperanza

La vida es una mierda
absoluta y total
que apenas se soporta
por la falsa promesa
de un mañana mejor
que siempre se demora.

Un jinete negro como la noche

persiguiendo tenues sombras de sí,
persiguiendo el ayer,
los oscuros jirones
de su alma desgarrada.

Espectros en el campo de batalla,
de los yermos helados
donde la espada y la rabia escarlata
cincelaron los atroces destinos
de los ejércitos desvanecidos.

Con sus lágrimas rojas
el horrible fantasma
se vuelve un alarido,
una enorme blasfemia
agitando en el puño
los sangrientos despojos de la guerra.

Un jinete negro como la noche
invadiendo el sueño de los mortales,
loco demonio que siembra de miedo
los caminos malditos
que llevan a extraviarse al caminante.

El viejo del saco

En un jardín de basura y chatarra
el viejo del saco silba contento:
un cuarto de aguardiente
en la bolsa trasera
del roñoso pantalón de mezclilla
y en su mugroso, parchado costal,
un agudo chillido
agitando la tela.

Los niños de Moloch

Bebiendo en los salones deslucidos
del ruinoso castillo
escuchamos, fumando nuestras pipas,
el chillar de la vieja cafetera
entre las brasas de la chimenea:
una canción que rima con el viento,
que recuerda el maullido de los gatos
y los coros de los niños de Moloch.

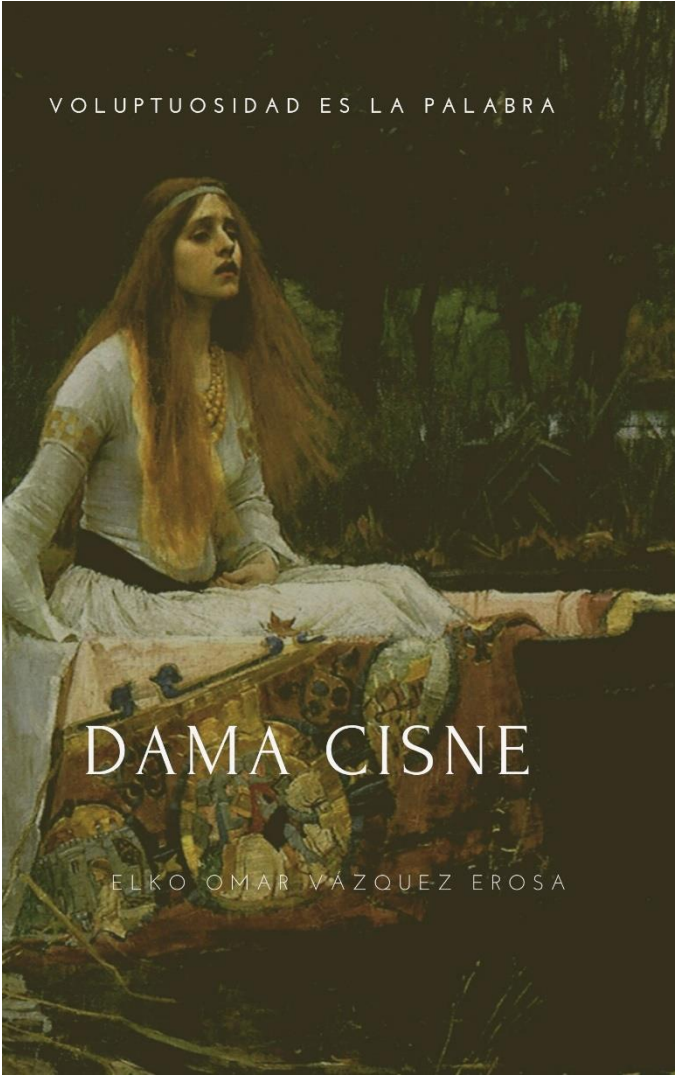
Y ahora un avance especial de:

Dama Cisne

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<https://n9.cl/4t3du>



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

DAMA CISNE

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

Podría hablar de los rostros silenciosos,
de los ecos perdidos en la memoria
y del lejano graznido de las aves.

Atravesar puertos cubiertos de bruma
donde me atormenta una tristeza abstracta
de canciones ahogadas por anchos muros.

Hay anhelos sin nombre a los que doy forma
de mujer, de chispas, bosques y ciudades,
mas plenitud, absoluto es imposible,
es un grito repetido entre la nieve,
entre las altas montañas... desoladas.

En tus ojos flamígeros y azules
entretejidos de sueños y cielos,
en esos ojos distantes de soles,
de cantos y alas, de peces y mares...

...en tus ojos hechos de lontananza
me sorprenden vagos atardeceres,
el extraño hechizo de los caminos,
el incesante rugir del océano.

A veces una plegaria de flores,
el triste murmullo del manantial.

A veces suave, silenciosa y dulce
como las rubias hijas del crepúsculo,
suelo pensarte de anhelo y cristal.

Existe esa belleza que refulge como rayo,
cual delicados y breves poemas japoneses,
como una telaraña aderezada con la lluvia.

Hay miradas que encadenan a las ondas del mar,
a lejanos cerros difuminados por la bruma.

Y existes tú... a pesar de que a veces te concibo
como un rayo de luna entrelazado con las ramas,
como imagen engañosa en las dunas del desierto.

Hay países más allá de la tierra de los sueños,
cruzados por arroyos dulces que gustan cantar
a la niña dormida que se oculta en la mujer.

Hay palabras que duelen y se niegan a salir,
sentimientos extraños que amenazan nuestra paz.

Tiene esa sonrisa de fuego
que incita a correr un cendal
de arpegios y sueños dorados.

Tiene algo de luna en la sangre
y un poco de viento en sus pasos.

Hay gotas de rocío en su mirada
y azules, enjoyadas avenidas
de extrañas latitudes musicales.

Es dueña de gracias y flores,
de ajenas auroras boreales...
de un viejo poema en la nieve.

Eres la suave caricia

de las hojas en otoño,
ese *adagio sostenuto*
que escuchaba en mi niñez.

Quiero amanecer en tus ojos
de dulces notas musicales...

...es que me dueles tanto,
como el rayo implacable,
como los desgarrados
gemidos del violín.

Me gusta imaginarte niña,
con el alma hecha de cristal,

emparentada con reflejos
de luminosos arco iris...

...y me dueles como el canto
de los pájaros en invierno,
como el sueño de los árboles,
como un paisaje desolado.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

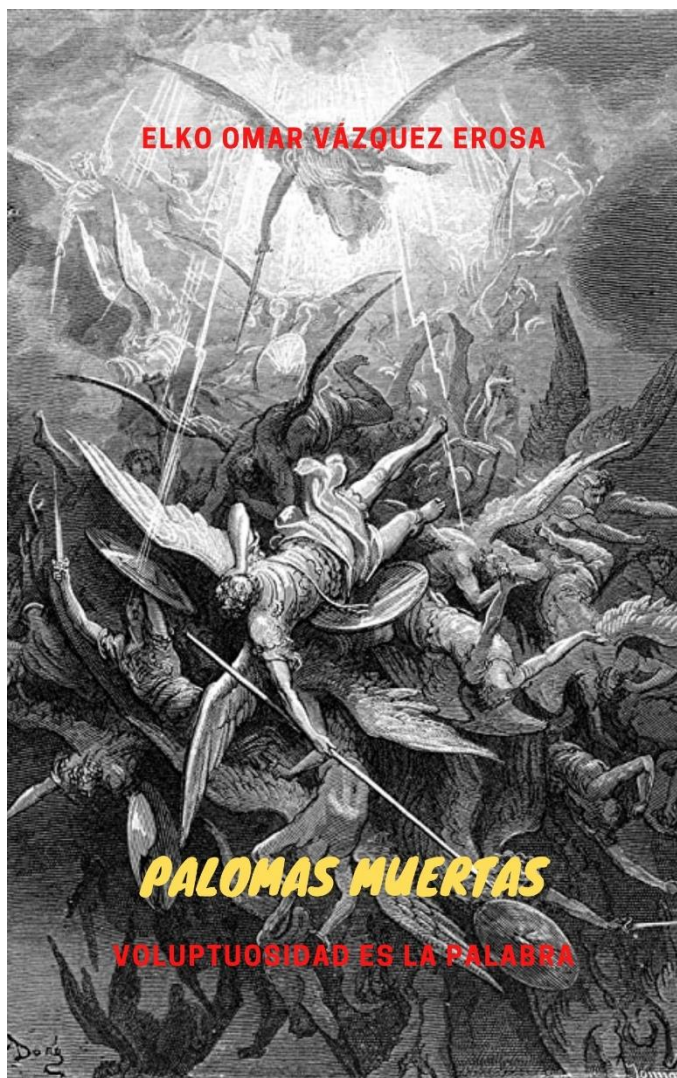
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



SUDARIO

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas paganos, desesperados, cual reflejos de antiguos resplandores en carmín y lapislázuli.



Poemas erizados de alaridos y púas.

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMPRESIONES

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas desgarrados, cuajados de espinas, extraviados a la orilla de los sueños.

Contenido

XIII. LA MUERTE

- René de Châlon, 4
Gotas de lluvia resbalan, 5
Y la tierra no recibirá tu cuerpo, 6
Aderezadas con terribles osamentas, 7
Para aplacar a los dioses oscuros, 8
Nefilim, 9
Las torres del silencio, 10
Staglieno, 11
Proyección del elixir, 12
En espejos de grana, 13
Y los cuervos pivotean, 14
Para que siempre goces paraísos, 15
Caminos transidos de hielo, 16
Siempre que escucho el canto, 17
Ángeles tristes de gélido mármol, 18
Imágenes de guerra, 19
Père Lachaise, 20
Las viejas estaciones, 21
Anoche me asaltó, 22
Bosques brumosos de la noche, 23

VI. LOS AMANTES

- Enrique II, 6 de julio de 1189, 25
Es en la línea de tus manos, 26
Durante esas noches infernales, señora, 27
En las montañas de Harz, 28
A la luz de lunas extrañas, 29
Qué inmensa me parece la eternidad, 30
Psicopatía, 31
Ayer ella me dijo, 32

Heredero de mares demenciales, 33
Era ese viejo, frágil deseo, 34
Como flores enfermas, unos dedos blancos, 35
Inés de Castro, 36
Como lánguidos vampiros, 37
Tan corta una mirada, 38
Diríanse gemidos, 39
A veces te recuerdo, 40
En sus ojos distantes primaveras, 41
¿Dónde fueron los días que reías, 42

XV. EL DIABLO

Un beso para el marqués, 44
Los ojos victoriosos de los devotos, 45
Y regresaron las bonas maléficas, 46
Cirilo de Alejandría en los infiernos, 47
Con sus ojos radiantes y malignos, 48
Marilú, 49
Lucifer, 50
Contrarrevolución, 51
Los ojos de los locos, 52
La mitad de mi alma vive en la oscuridad, 53
Y me extraña que, siendo tan imbécil, 54
Baile de máscaras, tonos radiantes, 55
Esperanza, 56
Un jinete negro como la noche, 57
El viejo del saco, 58
Los niños de Moloch, 59

Un adelanto de Dama Cisne, 60
Otros libros del autor, 67